

CAPÍTULO I

LA TUBERCULOSIS A TRAVÉS DE LA HISTORIA*

No pretendo presentar una historia detallada de la tuberculosis, sino hacer notar que esta enfermedad antiquísima afectó a personajes distinguidos con enorme trascendencia en la historia de la Humanidad, ya sea en la ciencia, en el arte, en la literatura, en la religión, etc. En otras palabras, si la tuberculosis ha causado y sigue causando estragos en el género humano, de preferencia en la población de escasos recursos, por lo que se le llama «la enfermedad de la pobreza», debemos tener en cuenta también que al atacar a personajes ilustres que figuran en mi relato y que serán señalados brevemente, sin pretender hacer una biografía detallada de cada uno ni tampoco mencionar a todos los conocidos porque sería tarea inacabable, nos hace recordar que esta enfermedad no respeta ni a ricos ni a pobres, ni a sabios ni a ignorantes. Queremos presentar solamente una pequeña muestra; por tanto, considérese este trabajo como una relación pormenorizada de algunos tuberculosos ilustres. En algunos casos citaremos personajes

* Discurso de incorporación como miembro titular de la Academia Nacional de Medicina presentado el 19 de noviembre de 1991.

famosos que si bien no fueron tuberculosos dejaron hitos bien marcados en la historia de la enfermedad contribuyendo a su conocimiento, y a la mejor manera de combatirla y controlarla.

1. LOS ALBORES

Hipócrates.- Imposible dejar de citarlo. Si bien pareciera que no fue tuberculoso, el ilustre médico de Cos contribuyó enormemente al conocimiento de la enfermedad. Creó la palabra «tisis» que quiere decir consunción y describió tan bien la enfermedad que hasta nuestros días nos han llegado sus alcances semiológicos al describir «la facies hipocrática», «el temperamento héctico», la fiebre vespertina o «fiebre héctica». También nos ha legado tantas otras cosas que solamente me limito a citar uno de sus famosos aforismos:

«la vida es corta, el arte es largo, la ocasión fugitiva, la experiencia engañadora, el juicio difícil. Es necesario hacer lo que conviene para el bien y que nosotros mismos, el enfermo y los que lo rodean se percaten de ello».

Para qué citar el juramento hipocrático, compromiso de honor del médico.

2. LA EDAD MEDIA

Calificada tal vez injustamente como oscurantista, nos da la ocasión de citar tres acontecimientos:

- a) Las pinturas del extraordinario Sandro Botticelli en una de las cuales, «La primavera», ha reproducido con gran fidelidad la facies héctica y febril de su amante, la bella Simonetta Vespucci, conocida tuberculosa florentina. Igualmente la veremos reproducida con las mismas características en «El nacimiento de Venus».
- b) Traemos a esta relación dos reyes de Francia: Carlos IX que fue el que ordenó la matanza de los hugonotes en la famosa noche de San Bartolomé (1572). Carlos IX murió con empiema pleural y tuberculosis pulmonar. Y el otro rey

que si bien no fue tuberculoso pero merecía serlo por sus pocos hábitos de higiene, ya que olía a ajo a la distancia, fue el buen rey Enrique IV, que tocaba escrófulas de los tuberculosos ganglionares, los que por centenas concurrían al palacio real el día señalado y recibían el toque con las palabras sacramentales «el rey te toca, Dios te cura».

3. ÉPOCA MÁS RECIENTE

En la que se llama Edad Moderna, citamos a otro Rey de Francia, Luis XIII, el Justo, hijo de Enrique IV y que murió a los 32 años atacado por la peste blanca. De manera que su resentida salud hizo que dejase la dirección del reino a su ministro Armando Du Plessis, cardenal de Richelieu, el verdadero conductor de Francia. El otro personaje de esa época es Jean-Baptiste Poquelin, llamado Molière, el gran comediógrafo francés de la época de Luis XIV, quien tenía una aversión congénita a los médicos, como consta en sus obras de teatro, y que como actor hubo de morir en escena con una hemoptisis fulminante al interpretar «El enfermo imaginario».

Pasamos una centena de años para citar, al término de la Revolución Francesa, al médico Xavier Bichat, creador de la Patología General y que moriría de meningitis tuberculosa.

Luego, ya en pleno siglo XIX, aparece la figura de Teófilo Jacinto Laënnec, el más ilustre de los clínicos de la tisiología y que moriría de tuberculosis pagando así con su vida su afán de estudio de la enfermedad; fue el inventor de la auscultación mediata por intermedio del estetoscopio. Creó el método anátomo-clínico según el cual comprobaba en el cadáver los hallazgos auscultatorios en vida. Y así, examinando numerosos tuberculosos en el Hospital Necker, pudo describir la variedad de soplos pulmonares y los diferentes tipos de estertores.

Todo este trabajo lo llevó a la muerte en plena juventud en 1826. Un hospital de París donde funciona la cátedra de Tuberculosis y Enfermedades Respiratorias lleva su nombre. Tuvimos la oportunidad de trabajar ahí entre los años 1951 - 1953. Es el antiguo Hospicio de Incurables, con arquitectura del Siglo XVII, y está

situado en la calle de Sèvres no lejos del Hospital Necker donde trabajó el gran Laennec.

Veamos ahora un artista. Por la misma época tenemos la figura de Frédéric Chopin, el genial músico polaco que murió en la plaza Vendôme de París teniendo en sus últimos días una hemoptisis verdaderamente copiosa.

Contemporáneo de los anteriores tenemos otro ilustre: Napoleón II, el aguilucho, hijo de Napoleón el Grande. Este príncipe muere muy joven de tuberculosis sufriendo la rigidez del control de su abuelo, el emperador Francisco José y la desatención de su madre, la emperatriz María Luisa.

Vivió con tanta tristeza el aguilucho que se cita las palabras que pronunció en sus últimos días «mi vida ha sido un gran paréntesis, se abre con mi nacimiento y se cierra con mi muerte».

Y ahora una tuberculosa que representa un símbolo para los que padecieron y padecen «la enfermedad de la languidez» como se llamaba en el siglo XIX. Nos estamos refiriendo a Alfonsina Plessis inmortalizada por uno de sus amantes, Alejandro Dumas hijo, en su novela *La Dama de las Camelias*, donde es Margarita Gautier, y por Puccini en su famosa ópera *La Bohème*, donde encarna a la pobre Mimí. Alfonsina murió a los 23 años y se encuentra enterrada en el Cementerio del Norte, llamado de Montmartre en París. Esta tumba la hemos visitado muchas veces como homenaje y recuerdo respetuoso a tantas «Margaritas» que murieron de tuberculosis y a las que tuvimos oportunidad de asistir cuando trabajamos en el Sanatorio Olavegoya de Jauja en los años 1942 al 1950.

El gran músico Paganini fue otro de los tuberculosos geniales del siglo XIX. El célebre Niccolò murió muy joven, al igual que su compatriota el dulce Leopardi, autor de:

*«La tempestad ha terminado
en el país renace la calma...»*

entre tantas poesías que escribió.

Con esta enfermedad de la languidez también murió la bella Paulina de Beaumont, amante de Chateaubriand cuando estuvo de Embajador de Francia en Roma.

Siendo poeta tenía que tocarle el turno a un español, y es así como figura en nuestra lista Gustavo Adolfo Bécquer, el autor de las «Rimas» y «Cuentos y Leyendas», entre otros y al cual, igual que a Chopin, las hemoptisis lo arrebataron a la literatura.

Vengamos un poco a América y aquí encontramos en el siglo XIX al genial tuberculoso y paladín de la Independencia, libertador de cinco Repúblicas, don Simón Bolívar, el gran venezolano quien debía morir de la enfermedad en la quinta de San Pedro Alejandrino en Santa Marta.

Intercalemos algunos hitos históricos de la enfermedad. En 1869 Jean A. Villemin demuestra que la tuberculosis es inoculable, es decir, contagiosa, transmisible. Por los mismos años o poco antes Boehmer y Dettweiler crean los primeros sanatorios para tuberculosos en Alemania; en 1882 Robert Koch descubre el bacilo productor de la enfermedad e inclusive lo cultiva y prepara la tuberculina antigua.

Carlo Forlanini introduce el método del neumotórax artificial en el tratamiento de la enfermedad en 1892, primer método activo de terapia de esta dolencia. Sir Robert Phillip crea en Edimburgo hacia 1889 el primer Dispensario Antituberculoso seguido en 1902 por Calmette que inaugura el primer Dispensario francés en Lille. Finaliza el siglo, en este aspecto, con el descubrimiento de los Rayos X por Konrad Roentgen en 1895 lo que fue un gran avance en el diagnóstico y tratamiento de la enfermedad.

Volvamos a nuestros tuberculosos y citemos a Anton Chejov (1860-1904) médico y literato que solía exclamar: «La medicina es mi esposa, la literatura mi amante; cuando me canso de una me voy a acostar con la otra».

Iniciamos el presente siglo citando a otro tuberculoso de nota como fue Máximo Gorki, autor de «La madre» y precursor de la Revolución Rusa de 1917.

Citamos también a Thomas Mann, famoso escritor, quien en su novela *La Montaña Mágica* describe la vida un tanto displicente y hasta muy social de los Sanatorios de Suiza. En cambio Axel Munthe, tuberculoso de verdad, nos debía brindar por esos años su hermosa obra *El libro de Saint Michel*, cuya acción se desarrolla en la hermosa Anacapri, bella isla al lado de la idílica Capri, frente a Nápoles.

Intercalamos aquí otros hitos de la historia de la enfermedad. Y así citamos a Calmette con su descubrimiento de la vacuna antituberculosa BCG (bacilo Calmette-Guerin); a Von Pirquet creador de la cutireacción a la tuberculina que Koch había preparado en la creencia que sería eficaz en el tratamiento de la enfermedad; a Mantoux que debería crear la intradermorrección en vez de la cutireacción; a Weill Hallé que en 1921 aplicó por primera vez la vacuna BCG en el ser humano y finalmente a Waksman, el descubridor de la estreptomomicina en 1944, primer antibiótico eficaz contra la peste blanca.

Para completar la serie de tuberculosos extranjeros citamos a Bernadete Soubirous, la santa Bernadette que si bien murió en 1879, prácticamente pertenece al siglo XX por haber fomentado, con sus milagros, las peregrinaciones a la Gruta de Lourdes.

Aunque parezca chocante la proximidad de la cita, no olvidamos a Corinne Luçaire, actriz del cine francés, de brillante porvenir, muerta muy joven en 1950 de una tuberculosis después de sucesivas recaídas mal tratadas.

En nuestro territorio, pese a la existencia de la tuberculosis en el Antiguo Perú y su aumento durante la Colonia, no sabemos de personajes célebres de esa época, salvo que queramos creer en la tradición popular. Una de éstas narra que el Inca Tupa Yupanqui, atacado por la enfermedad, eligió a Jauja para descansar y reponerse, lo que daría origen a la fama de esta ciudad en el tratamiento de la tuberculosis.

Durante la Colonia es evidente que Isabel Flores de Oliva, nuestra Santa Rosa de Lima y de las Américas padeció de la enfermedad. No en balde es patrona de los tuberculosos y el Día del

Tisiólogo se celebra el 30 de agosto, día de la santa. Es patrona además de la policía y de las enfermeras. El cuadro pintado por Medoro en 1617, que muestra a Santa Rosa muerta, nos orienta en ese sentido.

En el siglo XIX, entre tantos enfermos famosos en el Perú, citamos a don Manuel Pardo, futuro Presidente de la República, quien recobró la salud gracias a su permanencia en Jauja. También citamos a Juan M. Byron, médico de la Promoción 1885, que muere muy joven de tuberculosis en Estados Unidos en el curso de sus estudios en Bacteriología, víctima de una inoculación accidental.

Luego, ya en este siglo, abundan los personajes, pero solamente citamos a tres: con toda verosimilitud, Felipe Pinglo, el gran bardo criollo que falleciera un 15 de mayo de 1936 en la Sala de Santo Toribio del Hospital Dos de Mayo. Al famoso Pinglo pudimos apreciarlo en nuestra niñez en los Barrios Altos, ya que le gustaba mucho el fútbol en la legendaria cancha «Buenos Aires», aunque cojeaba ligeramente. La segunda persona que citamos es Alejandro Villanueva, el gran «Manguera», ídolo de las multitudes y baluarte del Alianza Lima, amante del fútbol al extremo de jugar en canchas de barrio antes que hacerlo en el Estadio Nacional. A Villanueva lo vimos en sus últimos días en su lecho de enfermo, en la sala Santa Rosa del Hospital Dos de Mayo, en 1944.

Luego citamos a otro futbolista famoso: José Morales, el popular «chicha», olímpico de Berlín como Villanueva. Y luego completamos las citas con Bom Bom Coronado, la «cabrita Sayers», etc., todos fallecidos en el Hospital Dos de Mayo.

Ya no mencionamos más personajes pero terminemos con algunos hechos y citemos algunos personajes importantes en la lucha antituberculosa en el Perú.

Comenzamos por Aníbal Corvetto, Promoción 1902 de San Fernando, el primer tisiólogo del Perú y primer jefe de la sala de Santa Rosa del hospital Dos de Mayo. Recordemos también al sanatorio Olavegoya de Jauja, que alcanzó su apogeo entre 1932 y 1950 bajo la dirección de José Elías García Frías, con quien tuvimos ocasión de trabajar y conocer su calidad. Se recuerda aquí

también la creación de la cátedra de Tisiología de la Facultad de Medicina de San Fernando con Ovidio García Rosell en 1934, la Fundación de la Sociedad Peruana de Tisiología en 1935 por hombres de la talla de O. García Rosell, Juan Werner, Juan M. Escudero Villar, Luis Cano Gironde, Max Espinoza Galarza, Leonidas Klinge, etc.

Y luego el Hospital Sanatorio de Bravo Chico, ahora Hospital Hipólito Unanue, donde ha continuado formándose la crema de la tisiología nacional, ahora escuela neumológica.

Terminemos aquí este relato en el cual hemos querido presentar algunos tuberculosos famosos y algunos hitos en la historia de la enfermedad.